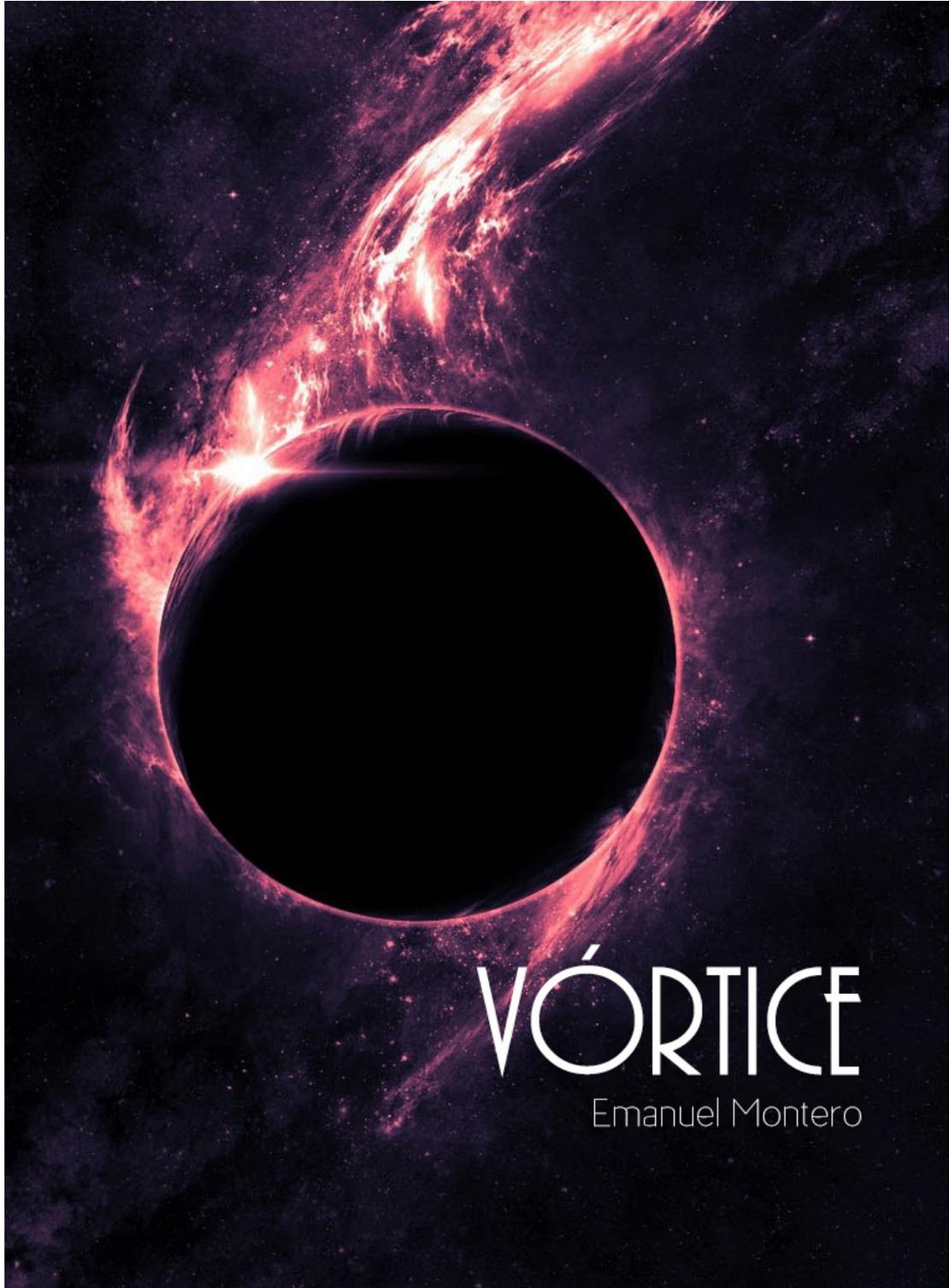


Vórtice

Emanuel Montero



Capítulo 1

Las horas se arrastraban lentamente en la estación espacial Andrómeda-52. El hastío era palpable y pegajoso. La teniente coronel Sixx Thomason engullía una de las tabletas de psico-estabilizadores neurológicos mientras contemplaba con desgana el enorme agujero de gusano de Schwarzschild que se extendía a través de la escotilla de la aeronave. Sin duda era una imagen aterradora, a la que se había acostumbrado tras infinidad de días de trabajo. ¿Cuánto hacía ya? Meses, tal vez años. Había perdido la noción del tiempo, atrapada en la rutina científico-militar del programa de exploración de nuevas colonias espaciales. El enorme vórtice, sin embargo, no entendía de tiempo ni de espacio, y continuaba rotando imperceptiblemente, acercando la destrucción a la humanidad milímetro a milímetro con un zumbido monótono que se retorció distorsionadamente sobre sí mismo de forma grotesca, como un disco rayado en un gramófono cósmico gimiendo melodías paranoides.

Y con impasible monotonía adquirida, la teniente coronel Thomason mordió otra tableta de psico-estabilizadores neurológicos. El chocolate del espacio, como lo llamaban los nuevos reclutas, sin saber que tras años de consumo prolongado este fármaco sería su única arma contra el TPA, la locura del espacio. La soledad que te arrastra hacia el fondo del vórtice y te engulle en el tiempo, ahogándote en un instante que quizá jamás existirá o que paradójicamente existe eternamente entre ambos universos, atascado entre la muerte más empírica y la enigmática puerta al más allá.

El pitido estridente del intercomunicador despertó a Thomason de sus ensoñaciones.

—Teniente coronel Sixx Thomason, aquí el almirante en jefe de telecomunicaciones de la estación Tierra-1. ¿Me recibe?

—Alto y claro, almirante —respondió de forma monótona Thomason mientras se cuadraba un instante frente al monitor del intercomunicador. Al otro lado, el hombre arrugado y con cara de pan rancio hizo un leve ademán con la cabeza.

—Bien. ¿Cuál es el informe de daños, teniente?

Thomason hizo una breve pausa mientras engullía el chocolate espacial.

—Hemos perdido comunicación con la última sonda tripulada, almirante. En su interior viajaba el último soldado, siguiendo el protocolo estándar de exploración del vórtice. Sus constantes vitales se han detenido 8 horas después del punto de no retorno.

El almirante intentó buscar un rastro de emoción en la expresión de la teniente coronel, pero Thomason ni siquiera titubeó un instante.

—Hemos completado la tercera fase del proyecto con un total de 324 bajas —concluyó la teniente coronel—. El ordenador de abordo está procesando las señales recibidas y tendrá el análisis de datos en aproximadamente 37 horas.

—Excelente —asintió el almirante—. El mando central de Tierra-1 espera ansiosamente los resultados de ese análisis de datos. Ha hecho un gran trabajo, teniente coronel. Cambio y corto.

Y de nuevo, como un sonámbulo en el silencio de la noche, la teniente coronel Sixx Thomason atravesó la soledad de la Andrómeda-52 mascando su tableta de chocolate espacial. Tratando de ignorar la inmensidad que se cierne sobre su frágil existencia. El ominoso océano de vacío que lentamente es engullido por las mareas concéntricas de un espacio-tiempo incomprensible, que se burla de la humanidad mientras se alimenta vorazmente de sus almas.

37 horas y descontando. Los paneles luminosos del ordenador de abordo parpadeaban monótonamente mostrando un torrente de datos y señales, construyendo un único modelo algorítmico a partir de toda la información recogida durante los últimos años de prospección espacial, enviando centenares de sondas espaciales a una muerte prácticamente segura en el interior del enorme agujero de gusano de Schwarzschild del que nadie ha regresado jamás. Thomason era consciente de que en 37 horas todo habría terminado. Andrómeda-52 enviaría la última pieza del maldito rompecabezas cósmico a la estación espacial Tierra-1 donde los científicos volverán a analizar y contra-analizar los datos para urdir nuevas teorías matemáticas que enviarán a otros miles de soldados a las fauces del inmenso vórtice, que acecha con parsimonia endemoniada desde todas las escotillas de la aeronave. Y de repente sucedió lo impensable. Las alarmas del sistema de detección de la Andrómeda-52 se volvieron locas durante unos instantes. La estación entera se sacudió violentamente. En el caos reinante, el vórtice escupió un brevísimo fogonazo de luz y materia que iluminó por un instante el interior de la estación espacial. Un diminuto cuerpo de metal retorcido y chamuscado navegaba lentamente hacia la estación espacial Andrómeda-52.

Thomason llegó a trompicones al sistema de alimentación auxiliar con la intención de fletar un vehículo de rescate para llegar hasta la sonda que acaba de atravesar el vórtice. Sabe que es un auténtico suicidio, ya que la electricidad auxiliar no será suficiente para realizar una maniobra de remolque hasta el hangar y para propulsar los motores Hawking de la Andrómeda-52 de vuelta a la Tierra. Aun así, no hay más opción. La teniente coronel Thomason inicia la secuencia de lanzamiento. La sonda continúa acercándose a velocidad constante. En el interior de la cápsula de rescate Thomason termina de ajustar su escafandra. Rápidamente comprueba todos los sistemas. Sus pulsaciones están desbocadas, el ritmo cardíaco casi duplica los parámetros establecidos, pero no hay tiempo para administrarse un calmante ni para tomar otra tableta de psico-estabilizadores. La sonda continúa acercándose y si no la intercepta en el momento adecuado, toda la misión habrá sido inútil. Tres. Dos. Uno.

Con un leve chasquido, Thomason pulsa el botón de ignición y el vehículo de rescate sale disparado. Sus grandes garras metálicas reciben el impacto de la sonda y consiguen cerrarse como un guante. El silbido de los propulsores amortigua la colisión y la teniente coronel vuelve a respirar aliviada mientras los átonos pitidos del sistema de navegación devuelven al vehículo de rescate con su preciada presa de vuelta a la estación espacial Andrómeda-52.

Al abrir la escotilla de la sonda, la teniente coronel Sixx Thomason se vio reflejada en su propia demencia. En el interior de la maldita cápsula solo encontró una tripilante, una versión de sí misma que, atónita, le devuelve la mirada sin palabras para describir un horror tan visceral y profundo. Nadie sabe cuánto tiempo permanecieron en el más aterrador de los silencios, estudiándose como dos animales salvajes o tal vez como una única bestia maltrecha y solitaria que reniega de su propio reflejo, distorsinado por el agónico transcurrir de los años. ¿Cuánto tiempo llevaba en esa sonda de prospección? ¿Era realmente posible acabar sola en una estación espacial como la Andrómeda-52? Tal vez nunca existió el programa de exploración de nuevas colonias espaciales. O tal vez ese maldito chocolate nunca había sido un medicamento contra la locura del espacio. La única certeza es que nadie regresó jamás para contarle. En la inmensa soledad del espacio, sin embargo, el vórtice se retorció de placer absorbiendo las inagotables mareas de espacio-tiempo.